

ROMANCES DE LA PASIÓN

HACE 380 AÑOS ...

Ya nuestros antepasados llenaban con sus bravos cánticos la maravillosa y dolorida noche de Jueves Santo. Hemos preguntado a los más mayores y no se sabe a ciencia cierta cuándo y cómo empezó a hacerse tradición popular en Sotés.

Tampoco hay certeza documentada de cuándo escribió Fray Félix Lope de Vega sus todos romances sobre "La Pasión del Señor". Quizá fuera en un periodo arrebatador de su ajetreada vida, desde luego que no todos de seguido, sino probablemente desde 1614 hasta su muerte, acaecida diecinueve años más tarde.

Aunque para entender estos cánticos habría que hacer una biografía extensa y completa, se deben situar como un fruto maduro de una persona apasionada en todo, en el amor y en el pecado. Sus Romances son el latido y el anhelo de un alma que está en el fondo de un pozo, pero que sabe que, a fuerza de gritos y de súplicas, de dolor contenido, de paciente espera y de inquebrantable esperanza ... un día llegará a vivir junto a aquellas estrellas que hoy sólo ve lejanas e inaccesibles. El que hable a Dios con este lenguaje -fe, esperanza y amor- Dios le escuchará.

En pleno Siglo de Oro, Félix Lope de Vega y Carpio lo desborda todo. El mismo Cervantes le apellidó "el monstruo". Escritor extraordinario y genial. Los versos de El Romance son una pequeña muestra de sus numerosísimas obras literarias. Con un lenguaje clásico y una mentalidad propios de la época, nos acerca desde el drama de su vida a otro drama, el de la Pasión de Jesús. La riqueza del vocabulario, la fuerza de las imágenes, los diálogos con los personajes llenos de vitalidad hacen que nos sintamos implicados y reflejados.

Decir queda, por último, que la versión que nosotros cantamos no son todos los romances que él compuso, sino una selección en cuatro secciones: A la despedida de Jesús de su Madre, A la Oración del Huerto, Al "Ecce Hamo", A la Cruz.

*ROMANCES DE LA PASION
EN LA PROCESION DEL JUEVES SANTO*

CRISTO SE DESPIDE DE SU
MADRE

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes,
los mejores Madre e Hijo,
porque son Cristo y su Madre.

Tiernamente se despiden,
tanto que solo en mirarse
parece que entre los dos
se están repartiendo el cáliz.

Hijo, -le dice la Virgen-,
ay! si pudiera excusarse
esta llorosa partida,
que las entrañas me parte!.

A morir vais, Hijo mío,
por el hombre que criaste;
que ofensas hechas a Dios
sólo Dios las satisface.

No se dirá por el hombre:
"quien tal hace que tal pague",
pues que Vos pagáis por él
el precio de vuestra sangre.

Ya sienten vuestros azotes;
porque vuestra tierna carne,
como es hecha de la mía,
hace que también me alcancen.

Mirando Cristo en María
las lágrimas venerables,
a la Emperatriz del cielo
responde palabras tales:

-Dulcísima Madre mía,
Vos y yo dolor tan grande
dos veces le padecemos,
porque le tenemos antes.

Con vos quedo, aunque me voy;
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.

Madre, yo voy a morir,
porque ya mi Eterno Padre
tiene dada la sentencia
contra mí que soy su imagen.

Por el más errado esclavo
que ha visto el mundo, ni sabe,
quiere que muera su Hijo;
obedecerle es amarle.

Para morir he nacido;
El me mandó que bajase
de sus entrañas paternas
a las vuestras virginales.

HUERTO

Hincado está de rodillas
a su Eterno Padre inmenso
el que a su diestra sentado
juzgará vivos y muertos.

Como ha de morir en monte,
en el monte está el Cordero,
para ver, pues dio la Hostia,
el cáliz donde le ha puesto.

A las palabras que dice
las peñas se enternecieron;
que, a penas de Dios, las peñas
saben hacer sentimiento.

Al fervor de su oración
sudó sangre todo el cuerpo,
que sus deliciosos poros
quedaron todos abiertos.

Echose en la tierra Cristo,
su rostro le deja impreso;
que es de amantes dar retratos
cuando se están despidiendo.

Al Padre vuelve la espalda
para que en sus hombros tiernos
den los rayos de su ira,
no al suelo que está cubriendo.
ECCEHOMO

El juez más lisonjero
que a su príncipe lo ha sido
en un balcón de su casa
puso al inocente Cristo.

- Véis aquí, les dice, el Hombre!
a quien desde el cielo dijo
con su voz el Padre eterno
"este es mi Hijo querido".

¡Quita! ¡quita! -le responden
viejos, mancebos y niños-
¡muera, muera, muerte infame,
pues Hijo de Dios se hizo!.

¡Ay!, Jesús, Hijo de Dios
que este nombre y apellido
no le tenéis Vos hurtado
pues sois igual con Dios mismo.

¡Abonadle, Virgen bella,
decid que de Dios es Hijo!
que, puesto que sois su Madre,
bien valéis para testigo.

Decid, ángeles hermosos:
este es el mismo que vimos
nacer de amor abrasado
aunque temblando de frío.

A LACRUZ

Al son de trompetas tristes
pregones injustos dan:
-Esta es la Justicia- dicen;
pero no dicen verdad.

Si -esta es la Envidia- dijeran,
bien pudieran acertar;
mas siempre se vale el mundo
de las disculpas de Adán.

Mucho le pesa la Cruz
los pecados mucho más;
con ellos ha dado en tierra
que no los puede llevar.

Cayó Cristo y por la frente
con el golpe desigual

se le entraron las espinas
lo que faltaban de entrar.

Suspira el manso Cordero
ayuda pidiendo está
ya palos, golpes y coces
le vuelven a levantar.

Mejor es, alma, que vos
con vuestra Cruz le sigáis;
porque quien tras él la lleva
ese le viene a ayudar.

Quitáronle la corona
y abriéronse tantas fuentes
que todo el cuerpo divino
cubre la sangre que vierten.

Al despegarle la ropa
las heridas reverdecen
pedazos de carne y sangre
salieron entre los pliegues.

No bajan a desnudarle
los espíritus celestes,
sino soldados que luego
sobre sus ropas echan suertes.

A la sangrienta cabeza
la dura corona vuelven
que para mayor dolor,
le coronaron dos veces.

Asió la soga un soldado
tirando a Cristo de suerte
que, donde va por su gusto,
quiere que por fuerza llegue.

Dio Cristo en la Cruz de ojos,
arrojado de la gente
que primero que la abraza,
quieren también que la bese.

Hasta los pies y las manos
de Jesús los clavos entran
pero a la Virgen María
las entrañas le atraviesan.

A Cristo en la Cruz enclavan
con puntas de hierro fieras,

y a María crucifican
el alma en clavos de penas.

Poned los ojos en Cristo,
alma, este tiempo que os queda,
y con la Virgen María
estad a su muerte atenta.

Decidle: -Dulce Jesús,
vuestra Cruz mi gloria sea:
Animo a morir, Señor,
para darme vida eterna.

La tarde se oscurecía
entre la una y las dos
que, viendo que el sol se muere,
se vistió de luto el sol.

Tinieblas cubren los aires;
las piedras de dos en dos,
se rompen unas con otras,
y el pecho del hombre no.

Desamparado de Dios
del hombre puesto en un palo,
el alma tiene Jesús
en sus santísimos labios.

Con voz poderosa dice:
(cielos y tierra temblando)
-Mi espíritu, Padre mío,
pongo en tus sagradas manos.

Expiró el dulce Jesús,
y del sangriento holocausto
sale aquella alma obediente,

dejando el cuerpo entre clavos.

Rompióse el velo del templo,
cayeron los montes altos,
abriéronse los sepulcros
y hasta la piedras hablaron.

Mas llamando encantamientos
el pueblo tales milagros
quebrarle quieren los huesos
que sólo quedaban sanos.

y como le hallaron muerto
por ir seguro un soldado,
puso la lanza en el ristre
arremetiendo el caballo.

y abrió por el santo pecho
tanta herida a Cristo santo
que se le vio el corazón
como a un buen enamorado.

Ya salen los sacramentos,
ya el bautismo y el pan santo;
que como es horno de amor,
sale el pan Dios abrasado.

En la ventana del cielo
ha quitado Dios el marco,
para que los hombres vean
que no tiene más que damos.

Pues, dulcísimo Jesús,
si después de pies y manos,
también dais el corazón,
¿quién podrá el suyo negaros?